

raciones de todo un pueblo; no fué más que el jefe del partido progresista, y hasta en ese partido su personalidad fué perdiendo importancia según se desarrollaron y complicaron los sucesos. Aquel fugitivo del claustro nunca llegó á la clara inteligencia de la política y de la vida; no tenía ninguna de las condiciones organizadoras de Calvino ó de Ignacio de Loyola; su espíritu era menos grande que su corazón, y en los últimos años de su vida, en medio de las dificultades que ante todo exigían olfato y vigilancia, confió á otros la misión de guiar á sus soldados al combate, y se retiró á la montaña, como Moisés, envejecido, para invocar en favor de ellos la protección divina.

La actitud de Lutero arrebatada toda probabilidad de triunfo á la revolución, pero no impidió que estallara. Privados los insurgentes de su jefe natural, en vez de unirse para un asalto general contra el orden social agotaron sus fuerzas en una serie de ataques sucesivos y mal combinados que hicieron inevitable su derrota. Sin embargo, tan debilitado estaba el organismo oficial y tan violentas eran las cóleras que se iban hacinando en el pueblo desde hacía dos siglos, que cada una de aquellas revueltas aisladas parecía disponer de facilidades para el triunfo, y llenó de terror á Alemania.

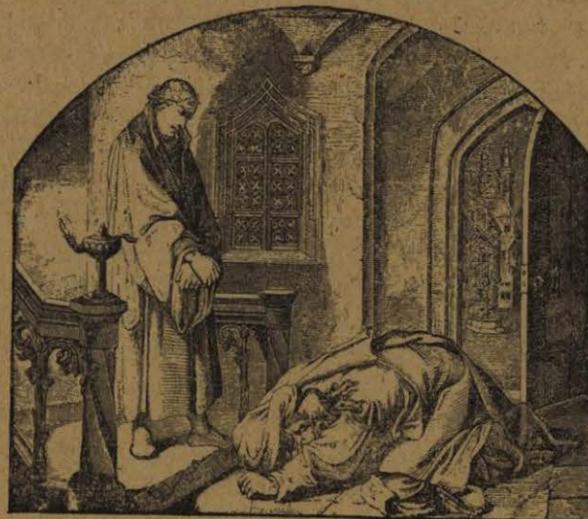
Los caballeros, á quienes su dependencia y miseria creciente exponían á todas las tentaciones, habían acogido con entusiasmo las predicaciones de Lutero. Detestados de la burguesía cuyas riquezas envidiaban y de los príncipes cuyas ambiciones dificultaban, necesitados y turbulentos, activos y brutales por una de aquellas ilusiones propias de los partidos, consideraron la Reforma como una especie de resurrección de la Edad Media y pensaron explotarla en beneficio de su avidez y sus rencores. Aquel partido, cuyo sueño supremo era la anarquía, encontró digno jefe en aquel Franz de Sickingen (1481-1523), de quien la fantasía popular ha hecho un héroe, y que no era más que un *condottiere* vulgar, sin verdadero talento militar, sin más programa que la satisfacción de sus odios y la conquista de alguna provincia.

En aquella Alemania del siglo XVI, don-

de los poderes públicos no disponían de recursos regulares, en medio de aquel imperio que no era más que una ficción y que un soplo amenazador podía derribar, se sintió un estremecimiento de espanto al saber que Sickingen con varios caballeros se había arrojado sobre el arzobispado de Tréveris y sitiaba la capital de este Elector (1522). Temióse una conflagración general. Sickingen estaba en íntimas relaciones con los enemigos de Roma; había ofrecido asilo á Lutero en su castillo de Ehrenburgo, y tenía consigo á Ecolampade y á Bucer; Hutten lo consideraba el vengador de Alemania contra la tiranía pontificia. Los caballeros del Rhin medio y superior, reunidos en Landau, le otorgaron la presidencia de su liga y los caballeros de Suabia se arrojaron contra las ciudades, sus enemigas de siempre. La resistencia del enérgico Ricardo de Greiffenklan, arzobispo de Tréveris, y la rapidez con que el landgrave de Hesse y el conde palatino del Rhin acudieron á socorrer al Elector, frustraron los vagos proyectos de Sickingen. Obligado á levantar el sitio de Tréveris, se encerró en su castillo de Landstuhl, junto á Kaiserslautern; la noche del primer día de sitio se derrumbaron murallas que él creía invencibles, y tuvo que rendirse á discreción (1523). Las ciudades que Ulrico de Hutten había invitado á la rebelión, habían rechazado indignadas toda idea de alianza con los nobles. Se aprovecharon de la ocasión para arreglar cuentas viejas; los caballeros de Suabia fueron vencidos y arrasados sus castillos principales. Ulrico de Hutten, quizá el único de su casta animado por soplo ardiente y sincero de patriotismo, pero que al fin y al cabo no era más que un admirable polemista y no un verdadero jefe político, proscrito, rechazado por sus amigos que lo creían comprometedor, perseguido por los sarcasmos de Erasmo, fué á morir á Zurich (1523) fiel hasta lo último á sus esperanzas y entreviendo en los sueños de su agonía la derrota de Roma y el triunfo de la libertad germánica.

LA GUERRA DE LOS ALDEANOS.—La rebelión de los aldeanos fué más sangrienta y más difícil de reprimir. «Ahora recogemos los frutos del ingenio—decía Erasmo—; tú,

Lutero, no quieres reconocer á los amotinados, pero éstos sí te reconocen y saben que muchos que se disfrazan con el nombre del Evangelio son los autores de esta guerra.» Esto no era calumnia más que á medias, aunque la insurrección de los villanos, lo mismo que la guerra de los caballeros, dependan de causas añejas y múltiples. Arrojadados de Wittenberg los predicadores místicos, se habían esparcido por toda Alemania; su ideal monástico, muy distinto del de Lutero y que en realidad tendía también á una restauración de la Edad Media, era muy atractivo, con su sencillez, para las imaginaciones ingenuas. En Alstedt y Orlamünde y Mulhausen, obreros y labriegos se estremecían al oír las promesas de desquite de Carlstadt ó de Munzer; sus ojos deslumbrados espían la aurora de la era nueva en que poder y riquezas habían de pertenecer á los humildes y á los pobres; las disidencias que se-



Lutero y Hans Kolhase (Grabado antiguo)

paraban á los habitantes de la ciudad y del campo se eclipsaban ante la comunidad de sus esperanzas y de sus odios.

Los rencores populares eran más vivos todavía en la Alemania del Sur y del Oeste, donde desde principios de siglo las revueltas eran casi continuas. En Junio de 1524 los aldeanos de Stuhlingen, cerca de Schaffhouse, se sublevaron contra su señor por asuntos de vecindario que nada tenían que ver con la religión. Los insurrectos, reforzados con algunos hombres más, entraron en la población austriaca de Waldshut, cuyos habitantes, favorables á la Reforma, estaban entonces en lucha abierta con su gobernador. La revolución agraria tomó entonces un matiz de radicalismo religioso. La connivencia de los zuriqueses, las intrigas del duque

Ulrico de Wurtemberg que quería recobrar sus dominios que le había arrebatado el emperador, la debilidad del poder central y la inacción de Fernando, absorto entonces en los asuntos de Italia, favorecieron la extensión de la rebelión; á fines de año le pertenecía la Alta Suabia. Su programa se resumía en los *doce artículos* famosos: reducción de las prestaciones, supresión del diezmo, libertad de montes y aguas, disminución de censos y multas, etc. Las cuestiones materiales eran, pues, las preponderantes, pero los aldeanos estaban convencidos de que el mejoramiento de su suerte dependía de la reforma religiosa, y reclamaban la observación de la ley de Dios y la libertad del Evangelio. Aquella fusión de intereses materiales y de ideas religiosas daba nuevos prosélitos á la insurrección, y le daba principalmente un carácter místico que acrecentaba su alcance y hacía imposible la reconciliación

con los señores. Análogas revueltas estallaron en Franconia, Alsacia, Sajonia y Hesse. Síntoma de mayor gravedad: el proletariado de las ciudades se prestaba á dar la mano á la democracia rural; hubo motines en Münster, en Ornsbrück, en Mulhouse, etc., y hasta en ciudades que seguían siendo católicas, como Colonia, Ratisbona y Maguncia. Poco á poco se exaltaban los espíritus, se manifestaban tendencias comunistas. Los aldeanos no solían maltratar á las personas—excepto en algunos casos que originaron escenas atroces—, pero en pocas semanas se quemaron centenares de conventos y castillos y se devastaron ricas bibliotecas.

Algunos príncipes se preguntaban si se podría sacar algo de aquella fuerza desen-

cadena. Los rebeldes, vagamente enterados de las simpatías de Federico el Prudente por Lutero, contaban con su adhesión; se habría resignado á su triunfo, pero habría creído una impiedad el sostenerlos. Falleció estando la rebelión en su apogeo, el 6 de Mayo de 1525, después de haber tomado la comunión utraquista. En resumen, como acertadamente ha observado el célebre socialista Lassalle, aquellos rebeldes eran reaccionarios que perseguían la restauración de un sistema viejo; quienes representaban el porvenir y el progreso en aquella época eran los príncipes que trabajaban por desprender de la Edad Media el Estado moderno. Los aldeanos tenían también en contra la fuerza de las cosas. Les pasó lo que á los caballeros: que no encontraron jefe, y así como su programa era indeciso y flotante, sus operaciones fueron incoherentes y fortuitas. Los señores recobraron la ventaja en todas partes. Tomás Münzer, cuyas gavillas fueron derrotadas casi sin resistencia cerca de Frankenhäusen, cayó prisionero y se retractó de sus errores sin conseguir salvar la vida; por la misma época quedaban dispersas las turbas de Suabia; el duque Antonio de Lorena, que había organizado una expedición contra los insurrectos alsacianos, mató á más de 180.000 en Saverne; á fines de Junio de 1525 todo había terminado.

La venganza de los señores fué atroz; dícese que sólo en el territorio de la Liga de Suabia hubo, antes de acabar el año 1526, más de 10.000 ejecuciones. El yugo de que habían querido librarse los aldeanos los oprimió más todavía. Los nobles, libres de todo temor, multiplicaron las gabelas y las prestaciones, suprimieron los privilegios que se habían conservado, y según la expresión de un contemporáneo, hicieron de los aldeanos alemanes una población de esclavos miserables, *gens misera et servilis*. Lutero, que se había negado con dureza á tomar partido por los caballeros, condenó la rebelión rural con brutalidad cruel, aprobó los rigores implacables de la represión y envenenó las cóleras victoriosas. El pueblo no se lo perdonó. Perdido en su miseria, arruinado y traicionado por teólogos ineptos, cuyo fatalismo alababa en sus angustias la

voluntad divina, se abandonó á su vez, se refugió en una protesta huraña, renegó del Dios que le abandonaba. Principalmente se apartó con horror de los hombres en cuyas promesas había creído y que después de engañarle pactaron con sus enemigos. «El pueblo nos odia», escribía á los pocos meses Melancton. ¡Justicia y terrible castigo de Lutero! Sintió vivamente lo amargo de aquella ruptura con la masa de la nación, á la cual no había dejado de consagrar amor ardiente.

¿Le era posible, no obstante, proceder de otra manera? ¿Tenía derecho á confundir su causa con la de una revolución que se hundía sola y con la de partidos condenados anticipadamente porque no representaban más que añoranzas añejas ó confusas é irrealizables aspiraciones? Sus enemigos triunfaban con sus contradicciones y con el desorden que habían introducido entre los innovadores las imprudencias de algunos soldados de avanzadas. Pero detrás de los vencidos se constituía una sólida reserva; al quedar el pueblo fuera de combate, entraron en batalla los príncipes é iban á formar el núcleo de aquel «protestantismo militar y político», como le llama Ranke, ante el cual se estrellaron los proyectos de monarquía universal, otra vuelta ofensiva de la Edad Media.

LA DIETA DE SPIRA.—Ya había conquistado la Reforma á los dos hombres á cuyo apoyo debió su victoria: á Juan, Elector de Sajonia (1525-1532) y al landgrave de Hesse. Muy joven todavía—pues había nacido en 1504—, Felipe de Hesse, primeramente muy hostil á Lutero, había sido inducido á la Reforma por una de aquellas bruscas resoluciones propias de su carácter. En él, la sinceridad de la fe, de que no puede dudarse, no excluía el cálculo; no conocía los escrúpulos de lealismo que enervaron muchas veces la política sajona, y su voluntad resuelta aceptaba sin vacilar las consecuencias lógicas de sus actos. Tenía la vista clara y el entendimiento bien dispuesto; su mérito esencial fué ver desde el principio que entre los innovadores y Carlos V era inevitable un conflicto, y organizar su partido para el choque que preveía. Al día siguiente del tratado de Madrid, que desembarazaba al

emperador de sus enemigos y había llenado á los católicos de orgullosas esperanzas, Felipe entró en tratos con las ciudades, cuya fuerza de resistencia conocía, y triunfando á la vez de sus desconfianzas y de las vacilaciones de Sajonia, planteó en Torgan las bases de una alianza que se extendió poco á poco y reunió en una misma política á casi toda la Alemania reformada. No tardó en volver á ser amenazadora para Carlos V la situación política; organizábase la liga de Cambray, se preparaba en Italia una insurrección dirigida por el nuevo papa Clemente VII (1523-1534). Fernando se resignó á un nuevo aplazamiento, y la Dieta de Spira dejó á cada príncipe «en libertad para vivir y obrar en lo concerniente al Edicto de Worms, según creyera poder responder de ello ante Dios ó ante Sus Majestades» (1526). Los príncipes quisieron considerar aquella abdicación de la autoridad central como una autorización para organizar á su gusto sus iglesias provinciales.

Mientras Italia traía atareado á Carlos V, Alemania iba acostumbrándose á la independencia religiosa. Las doctrinas nuevas iban ganando nuevos prosélitos; el movimiento llegaba ya á la península escandinava. Alberto de Brandeburgo, gran maestro de la orden Teutónica, dió el ejemplo de las secularizaciones. Magdeburgo, Brunswick, Brema y Lübeck, suprimieron algo más adelante las ceremonias católicas. Las resistencias con que tropezaron aquellos cambios originaron en algunos sitios escenas de violencia. Sin embargo, en general, los protestantes dejaron la persecución á los defensores de la Iglesia romana. En Austria y

Baviera fueron expulsados los pastores evangélicos, y algunos más tenaces fueron enviados al patíbulo. Crueldades aisladas y rigores incoherentes que no atajaron ninguna defección.

El descanso real de que disfrutaban, lo aprovecharon los luteranos para determinar su doctrina, reglamentar sus ritos y constituir su organización eclesiástica. La misa, despojada de su carácter místico, no era más que una introducción á la plática que fué parte esencial del nuevo culto; se adoptó en todas partes la comunión utraquista; se suprimió la confesión y se despojó á las iglesias de sus ornamentos. Cerráronse los conventos y se confiscaron los bienes del clero; superintendentes encargados de mantener la disciplina y la unidad de dogma sustituyeron á los obispos. Las almas tiernas y piadosas se entristecieron. ¡Qué vacío dejaba—sobre todo en los campos— la desaparición de la incompara-

ble poesía católica! ¡Qué seca y dura les parecía la palabra del hombre á aquellos corazones que había mecido el murmullo de Dios! Los nuevos pastores hacían echar de menos no pocas veces á los antiguos curas; la emancipación de la carne predicada por Lutero tuvo como primer resultado la libertad del pecado. La llaga mortal del clero luterano, el servilismo, envileció las almas. Aquella revolución cuyo santo y seña era *libertad*, sometió la conciencia individual á una oligarquía de teólogos puntillosos é intolerantes y entregó la Iglesia al poder temporal. ¡Triste rescate del apoyo prestado por los príncipes á los innovadores! Lutero, arrebatado por la corriente que arrastraba al siglo, sintió muchas veces la nostalgia del ideal que había



Lutero y los apestados (Grabado antiguo)

abandonado. Presa otra vez de tristezas, obsesionado de nuevo por la tentación, «gustó en todo su horror—según la hermosa expresión de Freytay—la amargura de la realidad; conoció el arrepentimiento que al atardecer de su vida se apodera de los hombres que han ejercido una acción decisiva en el mundo, y que después de haber visto marchitarse sus ilusiones al duro contacto con la realidad, juzgan su obra comparándola con su sueño». Él mismo decía que después de su muerte, se encontraría su corazón achicado, «encogido por la inquietud y la ansiedad». Sin embargo, era tan grande su fuerza vital, que á pesar de todo volvía á la acción; sus desfallecimientos no eran más que descansos en el camino. Casado desde el año 1525 con la ex monja Catalina Bora, rodeado de amigos muy adictos como Melancton, Justo Jonás, Juan de Ansdorf, Spalatino, Crucígero, etc., á todos daba ejemplo de trabajo, de confianza y de paz. En aquel momento nos lo presenta el célebre retrato de Lucas Cranach (1). El fraile de Léipzig y de Vorms, roído por las maceraciones y las angustias morales, había engrosado, pero la gordura no había alterado los contornos de su boca poderosa de orador ni el brillo de sus ojos, «tan ardientes, que no se podía soportar su resplandor»; la expresión dominante es la seguridad, la aceptación valiente de la vida y una bonachonería gozosa no agotada por las incertidumbres del combate ni por las tristezas de la victoria. Sus *Tischreden* (charlas de sobremesa), cuya brutal chocarrería y trivial cordura escandalizan á los delicados, son de admirar por el *humour* y el ingenio y están llenas de salud moral. Su influencia fué profunda y contribuyó á determinar el tipo de la burguesía alemana, tosca en sus modales, poco entendida en arte—salvo el de la música—, vulgar, pero sólida, resistente, adicta á su deber y confiada en sus fuerzas.

FERNANDO DE AUSTRIA; FUNDACIÓN DEL ESTADO AUSTRIACO.—Las noticias del exterior volvían á ser amenazadoras. Italia, espantada del saco de Roma (1527), estaba á

(1) Munich, 1525. Debe compararse con un grabado del mismo pintor en 1520 y con una miniatura de época posterior que posee el Museo de Berlín.

los pies de Carlos V. Al mismo tiempo su hermano, Fernando de Austria, fundaba en la frontera oriental de Alemania una monarquía que desde entonces no ha dejado de ser uno de los principales factores de la política europea.

Poco más joven que su hermano mayor, pues había nacido en 1503, Fernando se había desarrollado más deprisa, y entonces solían ponderarlo á costa de Carlos. Á éste le costó algún trabajo no guardarle rencor, y las circunstancias pusieron más de una vez sus intereses en contraposición. Tuvieron algunas dificultades al repartirse la herencia, y al estallar unos disturbios en la Baja Austria comprendió Carlos V que si quería quedarse con todo, todo lo iba á comprometer. Por el tratado de Vorms (1521), confirmado y completado por el de Bruselas (1522), dejó á Fernando las posesiones alemanas de Maximiliano I. Desde aquel momento los Habsburgo de España y Austria, aunque íntimamente unidos mucho tiempo, formaron dos ramas distintas. La parte correspondiente al menor no le hacía mucha gracia; su ambición era inquieta y turbulenta; la tendencia del siglo y el ejemplo de su hermano le invitaban á las combinaciones gigantescas. Incansable y muy madrugador, su actividad—moderada más adelante por la experiencia—solía tender á la agitación. Poco seductor, flaco, de baja estatura, pálido, con cuello largo echado hacia adelante, nariz gruesa y arqueada, labio inferior saliente (labio de Habsburgo), agradaba por su viveza, lo fogoso de sus deseos y lo impetuoso de su juventud. Tenía una cualidad esencial: el talento de aprender mucho con los sucesos y de acomodarse á las circunstancias. Las dificultades con que tuvo que luchar calmaron su turbulencia y templaron su voluntad.

Su hermano le había confiado la custodia de la frontera oriental. Después de lamentarlo, comprendió que aquel puesto podía darle honra y provecho. Desde el momento en que Rodolfo de Habsburgo había destruido la monarquía de Ottakar, sus sucesores acechaban la ocasión de echar mano á los Estados vecinos de su archiducado; varios síntomas anunciaban que se aproximaban al fin codiciado.

Maximiliano I, al preparar el casamiento de sus nietos María y Fernando con Luis, rey de Hungría y Bohemia, y su hermana Ana, había tomado posiciones. La muerte de Luis en Mohacs (1526) demostró que el acaso sirve á veces á los políticos que no la excluyen de sus cálculos. Fernando reivindicó la herencia de su cuñado. Le ayudaban el temor inspirado por los turcos y la tendencia general del siglo que impulsaba á la formación de vastas unidades políticas. Pero los magyares y los checos, cuya historia hacía siglo y medio que no era más que una lucha contra los elementos germánicos, ¿abdicarían de sus odios nacionales, y la oligarquía, que dominaba en los dos reinos, renunciaría á sus tradiciones de independencia? La partida que se jugó en Praga, decidió para mucho tiempo, según palabras del historiador más reciente de Austria, no sólo el destino de los Habsburgo, sino el del mundo. La



El pintor Kranach retratando á Lutero (Grabado antiguo)

candidatura de Fernando empezó por ser muy mal acogida por la Dieta. ¿Educado en ideas de estrecha devoción, respetaría los derechos de los utraquistas y aceptaría los cambios que los más osados meditaban? Se temía su ambición, y principalmente que sacrificara el reino á sus intereses dinásticos, y redujera á Bohemia á la categoría de provincia. Tales desconfianzas, cuya exactitud demostró el porvenir, eran hábilmente explotadas por los de la casa de Wittelsbach, que codiciaban la corona. La torpeza de Francisco I, que se adhirió demasiado tarde á la candidatura de los bávaros, y la apoyó mal, la habilidad de los embajadores de Fernando, y más que todo, la venalidad de los señores, burlaron todos los cálculos, y el 23 de Octubre de 1526 fué proclamado por unani-

dad rey electivo de Bohemia con general asombro. Una aristocracia envilecida por la anarquía, é infiel á las tradiciones nacionales, entregaba el país á una dinastía extranjera, incapaz de comprenderlo y de quererlo, y que no podía asentar su poderío más que sobre las ruinas de las libertades públicas. En Hungría no pudo sostenerse Juan Zapolya, adversario de los Habsburgo, y la dieta de Pest reconoció la autoridad de Fernando (1). El nuevo rey se dedicó inmediatamente á fortalecer en sus recientes dominios la autoridad real tan profundamente desacreditada y en formar una verdadera

monarquía con aquella confederación de reinos anárquicos.

Su prudencia, su actividad, su perseverancia, obtuvieron resultados inesperados, y estableció sobre bases indestructibles la grandeza de la casa de Austria. La familia no ha producido soberano más notable; de todos modos, ninguno

ejerció acción mayor sobre el porvenir de la dinastía, ni contribuyó más á fijar el carácter de la raza.

La situación exigía infinita paciencia y mano muy flexible; rey por sorpresa, tenía Fernando en contra suya las desconfianzas nacionales y los arrepentimientos de la nobleza; checos y húngaros defendían con esmerado celo su autonomía, y esquivos á la unión, parecían siempre dispuestos á rechazar al monarca que habían aceptado en un momento de desfallecimiento y de desgracia. El resultado inmediato de la elección de Fernando fué, pues, aumentar más los apuros de los Habsburgo que sus recursos, pero se había acrecentado su confianza,

(1) Véanse los capítulos XVI, Hungría, y XIX, Imperio Otomano.

y sus adversarios estaban algo desconcertados.

Notóse esto en la Dieta de Spira que, sin aceptar en todo su rigor las proposiciones imperiales, votó medidas cuyas consecuencias podían ser graves. El Elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y los margraves de Anhalt y de Brandeburgo, con los cuales se unieron catorce ciudades imperiales—entre ellas las importantísimas de Ulm, Estrasburgo y Nuremberg—, protestaron contra los decretos de la Dieta, y de ahí procede el nombre de *protestantes* aplicado á los reformados. Los católicos retrocedieron ante una ruptura abierta; sus preparativos no estaban terminados, y hacia el Este se formaba en el horizonte una nube amenazadora. Llamado por Zapolya, marchaba contra Viena Solimán el Magnífico. Esta ciudad, mal abastecida, con murallas en parte derruidas, fué salvada, sin embargo, por el heroísmo de sus defensores y por la proximidad del invierno. El 15 de Octubre de 1529, el sultán levantó el sitio. ¡Fecha memorable en la historia de Austria! Mucho le quedaba todavía por hacer para defender sus fronteras contra las hordas otomanas, que repetidas veces habían de presentarse frente á los muros de Viena, pero desde entonces cesó de ganar terreno la marea ascendente de la invasión turca. La victoria de Fernando burló los proyectos de los descontentos checos, con cuya resistencia fué acabando. Dueños de Italia, vencedores de Francia, libres de toda inquietud inmediata por la parte de Oriente, disponían los Habsburgo de poder enorme, y se preparaban á dirigirlo contra los protestantes. Felipe de Hesse adivinó sus planes y los burló.

LA CONFESIÓN DE AUGSBURGO Y LA LIGA DE SMALKALDA.—Lutero y la mayor parte de los príncipes rechazaban con desesperación el pensamiento de una revuelta contra el emperador. Felipe no era tan pusilánime. La fantasmagoría patriótica no ejercía ningún influjo sobre él. Opinaba que Alemania no se cifraba en el emperador, sino en los príncipes, y el porvenir ha demostrado que no se engañaba; ellos solos representaban frente al cosmopolitismo de Carlos V, á la nación germánica, que su de-

rrota había condenado á prolongada servidumbre.

Ingrata era la tarea de convencer á todos aquellos optimistas impenitentes de que habría que defender la libertad contra Carlos V. Sin embargo, lo consiguió Felipe; hasta había logrado conciliar á las ciudades con los príncipes, cuando todo se puso de nuevo en tela de juicio por los disentimientos teológicos que dividieron en dos bandos á los protestantes. Casi al mismo tiempo que Alemania, se había separado de Roma una parte de Suiza, impulsada por Zwinglio (1). De espíritu más libre, menos apegado á la tradición, Zwinglio era sospechoso á Lutero por sus audacias racionalistas y sus complacencias con la democracia. Las disensiones, mucho tiempo veladas, estallaron acerca del sacramento de la Eucaristía. Zwinglio negaba la presencia real, no veía en la comunión más que el recuerdo del sacrificio del Salvador; Lutero, sin dejar de rechazar la transubstanciación acudía á una interpretación bastante complicada, que le permitía sostener la frase de la Escritura *Hoc est corpus meum*. Lo que se agitaba en el fondo del debate era el concepto mismo de la Reforma. «¿Le es posible al protestantismo—decía Bosuet en sus *Variaciones*—conservar el derecho y el deber del libre examen, si quiere, como pretende, conservar también el principio de autoridad? ¿No lleva necesariamente el libre examen, en la práctica, á los excesos del orgullo individual, á las aberraciones del sentido propio, y en teoría á la independencia y tolerancia universales?» Lutero, para librarse de las consecuencias de su doctrina, cuyo desarrollo veía ya, trataba de agarrarse á la Escritura; no admitía que se la discutiera, ni siquiera que se la interpretara. Eso explica sus iras contra Zwinglio, su hosca terquedad. Suiza, Suabia, casi toda la Alemania del Sur, habían aceptado la teoría *Sacramentaria*, y tal excisión imposibilitaba toda inteligencia política. Felipe de Hesse logró que se celebrase un Coloquio en Marburgo (1529). Lutero fué inflexible y rechazó la mano que Zwinglio le ofrecía. Aquello resultaba una buena jugada para Carlos V.

(1) Véase el capítulo XI, Suiza.

Victorioso de Europa que, cansada ya, renunciaba á la resistencia, ¿qué coyuntura más favorable podía desear que aquella desunión de sus enemigos en vísperas de la crisis decisiva?

Muy resuelto á no ceder en el fondo de las cosas, le repugnaban los medios violentos, y quiso probar otra vez una reconciliación. Cuando el 25 de Junio de 1530 se leyó en presencia de la Dieta reunida en Augsburgo la *Confesión* célebre en que los luteranos habían resumido sus creencias, creyó más que nunca en la posibilidad de una inteligencia. Los adversarios experimentaron algo como asombro al verse mucho menos lejos unos de otros de lo que presumían. Hombre de primer impulso y de pasión más que de reflexión y de lógica, incapaz de transacción, pero poco apegado á la constancia y á la unidad, Lutero, bajo la presión de la edad y de la vida, había atenuado en muchos puntos sus primeras opiniones. Lo comprendió claramente cuando vió sus conce-



Guillermo, duque de Cleves (De un grabado antiguo)

siones sucesivas é inconscientes resumidas en la Confesión de Augsburgo, y se quedó algo perplejo, diciendo: «No puedo andar á paso tan corto y tan contado.» La flexibilidad de Melancton había puesto de manifiesto la buena voluntad de los protestantes. Aquel teólogo que fué hasta el fin uno de los principales colaboradores de Lutero, y á quien se ha llamado Padre de la Iglesia luterana, era un humanista que se había equivocado de camino. Ingenio delicado y crítico, rebelde á todas las exageraciones, decía que huía de lo absurdo y de la hipérbole. Abierto á todas las ideas y solicitado por todas las transacciones, no se entregaba á ningún partido y se hizo sospechoso á todos; sus amigos, al admirar su ciencia, temían su de-

bilidad, y en la Iglesia cuyo credo fijó, siempre fué discutida su autoridad. Tuvo la misma suerte que todos los moderados, y las calumnias que le amargaron la vida no respetaron su memoria. Inconsistente y tímido, le dolían mucho los abusos que había originado la escisión de Roma, y siempre llorando y gimiendo—Lutero le llamaba el Jeremías de la Reforma—habría cifrado su gloria en ser el lazo de unión entre católicos y protestantes. En la Confesión, y con arte consumado, había subrayado los puntos comunes, disimulando con un- ción en la forma las disidencias inevitables. Durante las siguientes conferencias acentuó más sus disposiciones pacíficas. Lutero, que condenado por el emperador no había podido acudir á la Dieta, regañaba á su amigo «desde su desierto de Coburgo» y advertía á sus partidarios que se les tendían lazos. Su ingenua rectitud era más clarividente que la diplomacia de su discípulo. «Soy opuesto á toda tentativa para poner de acuerdo

á ambas doctrinas—había dicho desde el primer día—porque es cosa imposible, como el papa no quiera abolir el pontificado.» Desde el tiempo de Worms, no había perdido nada de su valor ni de su confianza en Dios. «Si, lo que Dios no quiera—escribía—, no proclamáis todo el Evangelio y encerráis en un saco á águila tan gloriosa, acudirá Lutero y libertará con escándalo al águila. Volved, volved, si es necesario, malditos del papa y del emperador. Habéis hecho bastante y de más. Ahora á Dios toca obrar, y obra.»

Entre los protestantes y los católicos la discusión no tenía sentido, puesto que no admitían el mismo criterio, y las buenas voluntades recíprocas de los teólogos que en